**Nunca dejaremos a un amigo botado**

Vivir en Arauco y ser niño tiene una gran cantidad de experiencias que dejan una huella tan importante que cuando seamos viejos podremos relatar a nuestros nietos aún saboreando la aventura.

Éramos un grupo de amigos que nos conocimos en la población Eduardo Freí donde yo vivía con mi familia. Eduardo era moreno y alto, Víctor era bajito, de pelo rojizo y divertido, Felipe era muy bajo y siempre se le estaban ocurriendo pillerías o maldades que andar haciendo; y yo era el más chico y más desordenado de todos. Cada uno con sus diferencias y ganas de pasarlo bien junto a los demás.

Para ninguno era un secreto que Felipe estaba interesado en los deportes, específicamente en el atletismo y soñaba con ingresar al equipo nacional como velocista. Por eso no se perdía entrenamiento o competencia que se hacía en la comuna.

Recuerdo ese día con claridad, Felipe tenía una competencia y todo el grupo lo iba a ir a ver al estadio. Estábamos en el colegio cuando a Felipe se le ocurre que fuéramos a los limones a la salida. Lo quedamos mirando y no fue necesario decir nada más. A la salida nos fuimos derecho al cerro donde había unos limoneros cargaditos. El Felipe se subió a un árbol y yo a otro y cuando estábamos terminando de lanzarlos para que los demás los atraparan cuando de repente la rama sobre la que estaba afirmado el Felipe se rompió y cayó al suelo, con la mala suerte de caer sobre un palo con punta que se le enterró en la pierna. Todos corrimos a verlo y al revisarlo pudimos ver que tenía una herida grande porque el palo entró en la pierna y salió dejando todo el músculo del muslo a la vista. Lo primero que atiné a hacer fue sacarme la camisa y ponerla sobre la herida para cortar el sangrado, pero este no paraba. Entonces Miguel dijo que era mejor que lo lleváramos al hospital, pero este no estaba cerca y ninguno tenía como llamar a una ambulancia. Eduardo, que fue quien se mantuvo más calmado, nos dijo que era mejor separarnos: Victor y Eduardo debían ir a la casa de Felipe y avisarle a su mamá y que se fuera lo más rápido posible al hospital donde lo llevaríamos Miguel y yo.

El problema era que no era sencillo llegar al hospital desde donde estábamos y no teníamos un auto o locomoción colectiva que nos acercara. Entre los dos lo llevamos en brazos, tratando de no hacerle más daño del que ya tenía. Felipe iba blanco, tenía mucho dolor y no dejaba de llorar. Ese día no habría competencia para él. Cada cierto tramo bajábamos al accidentado y le dábamos un poco de agua que pedimos en una casa y luego seguíamos.

Cuando llegamos al hospital la mamá de Felipe ya estaba ahí con Victor y Miguel. Por suerte los hicieron pasar con rapidez a la urgencia para ser atendido. Nosotros nos quedamos esperando afuera en silencio, ya no queríamos hacer bromas ni chistes, nunca nos imaginamos que ese día terminaría de esa forma. Esperamos varias horas fuera y cuando ya había oscurecido hace rato, la tía salió y nos dijo que iba a quedar internado y que la lesión había sido tan profunda que la rehabilitación sería lenta y posiblemente no podría volver a correr en años. Quedamos para dentro y muy tristes. Nos despedimos de la mamá de Felipe con la promesa de volver a visitarlo al día siguiente y nos fuimos a buscar nuestras cosas del colegio y los famosos limones los repartimos y le guardamos su parte a Felipe.

Ese día más que nunca pudimos experimentar que lo que era un juego, de la nada, transformó la vida y esperanzas de nuestro amigo y nosotros corroboramos lo sólida que era nuestra amistad, ya que nunca dejaríamos a un amigo botado.

**José Fabián Aguayo Monsalve**

**1°TP Construcciones Metálicas**

**CEIA Paul Percival Harris**

**Arauco**